



INVERNO



Las almenadas azoteas blancas se cortan secamente sobre el alegre cielo azul, gélido y estrellado. El norte silencioso acaricia, vivo, con su pura agudeza.

Todos creen que tienen frío, y se esconden en las casas y las cierran. Nosotros, Platero, vamos a ir despacio, tú con tu lana y con mi manta, yo con mi alma, por el limpio pueblo solitario.



Juan Ramón Jiménez
«Noche pura» en Platero y yo



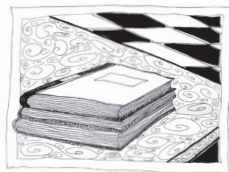
Tercera habitación: el invierno



Cae nieve en mi habitación. Cae la nieve aquí y en todo el universo de hielo, porque el invierno se ha metido en mi alma. Por eso mi cuarto está rodeado de ramas desnudas, abrigadas con acolchados de un algodón etéreo y de suave blancura. Las ardillas en sus madrigueras esperando, dormitando... Los pajaritos a su vez escondidos, quién sabe dónde... Todo el mundo animal vegetando; todas las plantas durmiendo... Pero, eso sí, todos están aquí: flora y fauna conmigo en mi habitación. También he querido invitar a los niños y a todas las personas a mi alrededor: a la humanidad entera, si se pudiera... Qué importa que afuera esté nevando, si aquí adentro todo está brillante y transparente como una gema. Porque, mientras estén todos aquí conmigo, qué importa... Dejemos que ese mundo afuera se congele, que espere... La nieve aquí dentro de mi habitación no molesta, porque se derrite enseguida con el calor humano y, después, en el charco que deja su esencia, juegan pequeñas ninfas y duendes invernales.

Por eso he decidido decorar este cuarto de paz; llenarlo hasta el techo de blancura infinita que invita a soñar... A soñar con una mañana que despertará limpia, porque el viento frío se aleja y deja tan solo muestras de pureza y nitidez: paz de nieve alba anunciando un nuevo despertar, que remueve el viejo amanecer que ya se ha congelado.

Cuando Dios estuvo enfermo



—*Yo nací un día que Dios estuvo enfermo...* —leyó en voz alta don Manuel, y el escrito le gustó.

Cuenta doña Mili que, cuando su marido limpiaba el polvo de las repisas en el 201, se cayó al suelo un tomo de poemas de César Vallejo. Se abrió justo en la página esa tan deprimente. Este incidente fue como un augurio que les anunciaba una pena grande a los Ortiz. Nadie tuvo la culpa en realidad...

Mi amigo, el poeta, al ver lo interesado que se mostrara don Manuel con este poema, le prestó el libro con la mejor de las intenciones. Nunca se imaginó que tales escritos se le volverían una terrible obsesión, porque a Sebastián ni se le pasó por la mente que don Manuel se sentiría tan a gusto con el pesimismo del autor. Y, según doña Mili, de tanto leer y leer este poema, su esposo mismo atrajo la tristeza a su familia. Era como si de buenas a primeras don Manuel hubiese encontrado la justificación de todas sus penas, porque repetía día y noche esas estrofas fúnebres, que seguramente ni entendía por completo.

*Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben
del Diciembre de ese Enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.*

—¡Está rebueno ya! ¡Aflójele pues, Manuel, que me chirrían todos los huesos! ¡No soporto más ese poema tan requetene-gro...! ¡Me enferma, pues! —le suplicaba y lo regañaba a la vez doña Mili, y es que ahora don Manuel empezaba con el rollo de otro verso macabro.

Esa misma tarde doña Mili le pidió al poeta que por favor guardara esos libros en un lugar más seguro, bajo llave, donde don Manuel no pudiera leerlos, porque...

*Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy de otoño.*

—Órele, ya no soporto más este infierno, don Sebastián; adónde vamos a parar ahora con este nuevo verso de horror que repite y repite el Manuel. Déjeme y le explico, pues... Fíjese usted, señor poeta, que el alma de mi Manuel se ha quedado reteolvidada en el otoño de ese verso de calavera escuálida. Porque de tanto repetirlo, santos benditos, ni repara que ya estamos en invierno, ni nada de nada. Además, hágase usted de cuentas que como si yo ni existiera ni naides, pues. El Manuel anda vagando en su mundo de muertos y no se halla ni en su propia sombra; y yo estoy aquí, de tonta que respira, esperándolo como cosa buena en el mundo de los vivos... A ver qué rayos o qué santo milagro puede hacernos usted, pues, por mi Manuel y por mí, también. Porque enigüey, como dicen los gringos por acá: ¡Esto ya no se aguanta, pues!

Así de desesperada imploraba doña Mili, aunque más le preocupaba el poema del «Dios enfermo» que el de «Moriré en París». Y es que, según ella, lo que decía este último escrito eran purititas mentiras ya que, ni estaban en París ni era tiempo de otoño y los aguaceros casi ni se asomaban por este lugar tan seco.

—No se preocupe, doña Milagros, que ahorita arreglamos este asunto —contestó con mucha inteligencia Sebastián—. Solo escuche cómo en un dos por tres, los «amigos» de César Vallejo: su musa, su ángel y también su duende, hacen que en este mismo verso desaparezca el poeta ese que tanta congoja le causa a usted, porque...

*César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro
también con una sogá; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...*

En ese momento doña Mili pensó que el poeta Sebastián andaba más chiflado que su propio marido, pero se quedó un poco más tranquila al saber que el autor de sus tristezas ya había muerto.

—¿Y usted me recontrapromete, pues, por la santísima Virgencita de Guadalupe, que el poeta ese de veras está bien muerto? ¿Que por mi Diosito, pues, ya no volverá nunca jamás de los jamases a rondarnos? Porque, ¡qué amiguitos los que se

manejan ustedes los poetas...!

Yo casualmente pasaba por el pasillo de los altos con un té para el profesor, cuando vi a doña Mili saliendo de la habitación de Sebastián muy alterada, movía la cabeza de lado a lado y hablaba sola.

—¿Qué le pasa, doña Mili? —le pregunté al verla tan fuera de sí.

—Mi marido está loco, el poeta está loco... No, mejor me corrijo, niña. ¡Tal vez todos aquí estamos bien requetelocos! Porque yo me estoy volviendo más loca que una cabra enjaulada. Pero no me haga caso, mi chula, compruébelo usted misma... Seguramente el poeta y sus «amigos» ya la esperan... Ay, pero acuérdesse, no les haga mucho caso. Órele pues, chamaquita, nos vemos al rato.

Y se fue caminando deprisa.

